



REDACCION

13

Enigmas Chilenos



Escribe
Jorge Edwards

Nuestra visión lejana del escenario internacional, inevitablemente provincial, nos ha llevado siempre, antes y ahora, a cometer errores de cálculo importantes. En años recientes no se supo medir y comprender desde Chile, por ejemplo, la magnitud del escándalo provocado a nivel mundial por los atropellos a los derechos humanos en nuestro país. No creo que las cosas hayan andado mucho mejor en otras dictaduras recientes, pero ocurre que nosotros estábamos en la mira. La idea de llegar al socialismo en un proceso gradual, pacífico, a través de elecciones libres, por errada o equivocada que fuera, produjo ilusiones absolutamente extraordinarias en muchos gente y en muchos lugares del mundo. Las produjo, sobre todo, en el mundo europeo, en el espacio cultural donde la concepción socialista tuvo su origen. Todavía recuerdo a un embajador francés, hombre de orden, adirador del general De Gaulle, que sostenía en un discurso que Salvador Allende llegaba al socialismo sin pasar por el "raccourci" de la Revolución, esto es, sin necesidad de tomar el atajo revolucionario. La interrupción de ese proceso, visto desde allí como la máxima expresión del idealismo y del humanismo social, hizo las veces de una herida de la conciencia. Esto nunca se entendió desde Chile y tampoco se hizo nada por entenderlo. No se ha escrito una historia convincente del período, capaz de explicarlo en su complejidad y en sus diferentes matices a un lector extranjero. Por este motivo sospecho a veces que el gobierno actual comete también un serio error de cálculo. A mí no me parece tan fácil, en la práctica, en consideración a todos los elementos en juego, conseguir que el general Pinochet regrese a Chile antes de fin de año. Podemos hablar, por ejemplo, de una clase de declaraciones, pero sucede que las cosas, desde allí, desde el otro lado del Atlántico, se ven de un modo demasiado diferente.

Ahora leo la memoria diplomática de Mario Valenzuela Lafourcade. "El enigma de la Laguna del Desierto", y llego a la conclusión de que en los años sesenta, en la época de nuestras viejas democracias, también cometíamos errores de cálculo fundamentales debido a nuestra distancia, a nuestra geografía extravagante, a nuestro aislamiento. No nos dábamos cuenta, por ejemplo, de que la Guerra Fría, que al parecer se libraba en escenarios muy distantes, se infiltraba de hecho en nuestros asuntos más delicados, en los internos y los externos. Negociábamos con el gobierno civil del Presidente Illia, pero no veíamos con la suficiente claridad que los militares argentinos estaban detrás de todo y que iban a derribarlo muy pronto. Tampoco se comprendía bien la acción de fuerzas ocultas, interesadas en que los países de América Latina continuáramos divididos. La democracia chilena parecía mucho más sólida que la de nuestros vecinos, pero sólo se trataba de una visión superficial, complaciente. Las elecciones presidenciales de fines del año setenta tuvieron el más peligroso de los resultados posibles: un Allende triunfante, pero en minoría; una derecha que había perdido la fe democrática, colocada en segundo lugar; un centro político, la democracia cristiana, escrupulosamente derrotado. No todos captaron la debilidad extrema, evidente, de una situación así.

Uno de los diplomáticos argentinos mencionados en el libro de Valenzuela se lamenta de tener que ocuparse de asuntos tan menores, de tanta minucia, de historias de gendarmes y de límites en un territorio perdido, cuando ocurren cosas tan importantes en el resto del mundo. Razón no le faltaba a ese personaje. Los funcionarios dedicados al tema de la Laguna del Desierto trabajaban con enorme afán, con un celo excesivo y obsesivo, pero con poca visión de conjunto. Era importante defender algunos metros de territorio, pero lograr un verdadero arreglo de los temas pendientes con nuestros países limítrofes habría tenido consecuencias mucho más profundas y duraderas. Desde luego, el tema exigía buena voluntad y visión amplia de los dos lados. Nos entendamos, nos comprometamos hasta el infinito, y estuvimos muy cerca de llegar a una guerra a fines de 1978. Habría sido una guerra surrealista, digna del famoso Rey Ubbi, pero de todos modos habría causado una destrucción inmensa. Todavía, al llegar a este fin de siglo y de milenio, no habríamos terminado la etapa de la reconstrucción.

Otro de los personajes de Valenzuela, el político y hacendado liberal Pedro Opazo, declara algo interesante, que nuestro puntilloso autor anotó a su debido tiempo: "A mí me van a contar, dice, de las cuestiones de límites. Yo tengo en Talca dos haciendas con cientos de kilómetros a ambos lados de la frontera. Desde la época de Carrera la historia de la frontera ha sido una historia de contrabando y de robo". Me acuerdo de páginas en las que Vicente Pérez Rosales cuenta sus experiencias como contrabandista de ganado en la frontera con Argentina y compruebo que don Pedro Opazo sabía de qué hablaba. No hay duda de que la historia de nuestras fronteras, aparte de contrabandistas y ladrones, está llena de funcionarios desalentados, perezosos, comidos por la rutina. Pero veo el centro del asunto en otra parte. Nosotros, en Chile, en toda América Latina, seguimos enredados en problemas diccionómicos. Minuciosamente enredados. Francia y Alemania se pasaron en guerras entre el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Guerras tremendas, devastadoras, que cambiaron la cara de Europa y del mundo contemporáneo. Pues bien, asimilamos las lecciones que había que asimilar y se convirtieron en aliados privilegiados. Pasaron por encima de cuestiones de territorios, de ríos y de valles, de industrias. Supieron que la paz, la integración económica, la estabilidad de los gobiernos representaban intereses superiores. Nosotros, en cambio, después de más de un siglo, seguimos sin resolver los grandes problemas. ¿Por culpa de Tal, de Cual, de este o aquel tratado, de esta o aquella circunstancia? No lo creo. La razón de nuestra incapacidad de entendernos está, primero que nada, en nosotros mismos. El imperialismo de los años sesenta nos mantenía divididos, enemistados, al borde del conflicto armado, debido a una estrategia propia de la Guerra Fría. El peligro de que América Latina se pasara al bloque soviético no era puramente imaginario, producto de la propaganda. La respuesta nuestra debería haber consistido en unimos, en eliminar obstáculos menores, en actuar con perspectiva histórica. Frente a Washington, frente a Castro, frente al bloque soviético, frente a todos. Pero nos faltaron estadistas de la calidad de un De Gaulle o un Adenauer. Y pagamos las culpas del pasado. En otras palabras, pagamos el precio de no haber liquidado bien, a su debido tiempo, los problemas derivados de la guerra contra Perú y Bolivia y de las cuestiones de límites con Argentina. Nuestra democracia, que parecía tan sólida, se hundió. Y los militares argentinos y brasileños formaron un bloque temible.

Ahora, en la entrada al siglo XXI, pienso que deberíamos resolver de una vez por todas los problemas con los países vecinos y convertir el cono sur de América, con Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina, en un bloque próspero, con sistemas políticos serios y que pueda ser escuchado en el mundo. No vale la pena pensar en otros términos y proponerse objetivos menores. Perú, como me dijo una vez José María Arguedas durante una fiesta indígena, es un país fascinante. Bolivia es enigmática, interesante, profunda. No olvidemos la cultura, la convivencia civilizada de Uruguay, ni la fuerza y la belleza de Paraguay. Argentina y Chile tienen la misma historia, con ligeros matices de diferencia. ¿Entonces? Concurdo con el diplomático argentino citado por Mario Valenzuela. Tendríamos la posibilidad de ser mayores, de ser maduros, de ser escuchados si formamos un Cono Sur moderno y si mantenemos nuestra alianza, desde luego, con los demás países de América Latina. Pero nos pasamos la vida haciendo discursos y nunca conseguimos llegar a los acuerdos esenciales. ¿Por qué? El libro de Valenzuela me da una respuesta parcial, desencantada. Yo pienso que hay que insistir y tratar de ir más lejos. Ahora, por ejemplo, me gustaría mucho escuchar lo que opinan los candidatos. Hasta el momento tengo la impresión de que hablan mucho y de que dicen más bien poco, sobre todo en estas materias tan decisivas.

A4F6166

17 de septiembre 1996

12/11/1999

12

Enigmas chilenos [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enigmas chilenos [artículo] Jorge Edwards.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile